



« Misericordia y Amor al prójimo según
San Agustín.» // Ciclo 2016

Fuentes VIII

LA MISERICORDIA.

Comentario al Sermón de la montaña. (393/5)

Libro I

Cap. 2

9. *Para que tu limosna quede en lo secreto. ¿Qué significa en lo secreto sino en la misma recta conciencia que no se puede mostrar a la vista humana ni desvelar con las palabras? En efecto, muchos mienten mucho. Por lo que si la derecha obra interiormente en lo secreto, pertenecen a la izquierda todas las cosas externas, que son visibles y temporales. Que tu limosna sea realizada en el interior de la misma conciencia, en la cual hay muchos que dan limosna con buena voluntad, aunque no tengan dinero o cualquier otro bien que se deba ofrecer al necesitado. Hay muchos que lo hacen en el exterior y no lo realizan en el*

interior. Esos son los que quieren aparecer misericordiosos por ambición o por amor de cualquier otra preocupación temporal, en los cuales hay que pensar que solo actúa la izquierda. Otros ocupan un lugar como intermedio entre esos dos extremos y dan la limosna con la intención de que la dirigen a Dios y, sin embargo, todavía se insinúa en esta buena disposición la ambición de la alabanza humana o deseo de alguna ventaja efímera y temporal. Pero Nuestro Señor con mucha vehemencia prohíbe que actúe en nosotros solo la izquierda, cuando también prohíbe que en ella se mezcle en las obras de la derecha; a fin de que no solo nos guardemos de dar limosna únicamente por la codicia de bienes temporales, sino también a fin de que en esta obra no dirijamos nuestra atención a Dios, de tal forma que haya mezcla o se añada codicia alguna de comodidades. Se trata en todo esto de purificar el corazón, que, si no fuese sencillo, no estará limpio. ¿Cómo puede ser sencillo si sirve a dos señores, y no purifica la propia mirada con la única intención de los bienes eternos, sino que la oscurece con el amor de las cosas percederas y frágiles? *Haz la limosna en lo oculto de tu corazón y tu Padre que ve en lo oculto te recompensará.* Absolutamente justo y verdadero. Si, en consecuencia, esperas el premio de parte de aquel que es el único que puede ver las conciencias, bástete para merecer el premio la misma conciencia. Hay muchos códigos latinos que dicen de esta manera: Y tu Padre, que ve en lo oculto, te recompensará abiertamente. Sin embargo, como no he encontrado en los códigos griegos, que son los más antiguos, abiertamente, he pensado que es mejor no tratarlo.

La Ciudad de Dios (413/427)
Libro X,
Cap. 6.

Así, pues, el verdadero sacrificio es toda obra hecha para unirnos a Dios en santa alianza, es decir, referido a la meta de aquel bien que puede hacernos de verdad felices. Y así, aun la misericordia con que se socorre al hombre, si no se hace por Dios, no es sacrificio. Pues aunque sea hecho u ofrecido por el hombre, el sacrificio es una obra divina. Tal es el significado que aun los latinos antiguos dieron a esta palabra. De ahí viene que el mismo hombre, consagrado en nombre de Dios y ofrecido a Dios, en cuanto muere para el mundo a fin de vivir para Dios, es sacrificio. Pues esto pertenece a la misericordia que cada uno practica

para sí mismo. Por eso está escrito: *Compadécete de tu alma haciéndola agradable a Dios.*

También es sacrificio el castigo que infligimos a nuestro cuerpo por la templanza si, como debemos, lo hacemos por Dios, a fin de no usar de nuestros miembros como arma de iniquidad para el pecado, sino como arma de justicia para Dios. Exhortándonos a esto dice el Apóstol: *Por ese cariño de Dios os exhorto, hermanos, a que ofrezcáis vuestra propia existencia como sacrificio vivo, consagrado, agradable a Dios, como vuestro culto auténtico.* Si el cuerpo, pues, de que usa el alma como un siervo inferior o como un instrumento, cuando su uso bueno y recto se refiere a Dios, es sacrificio, ¿cuánto más se hace sacrificio la misma alma cuando se refiere a Dios, para que, encendida en el fuego de su amor, pierda la forma de la concupiscencia del siglo, y se reforme como sometida a la forma inconmutable, resultándole así agradable por ser iluminada de su hermosura? Esto mismo añade el Apóstol de inmediato: *Y no os amoldéis al mundo éste, sino id transformándoos con la nueva mentalidad para ser vosotros capaces de distinguir lo que es voluntad de Dios, lo bueno, conveniente y acabado.*

Los verdaderos sacrificios, pues, son las obras de misericordia, sea para con nosotros mismos, sea para con el prójimo; obras de misericordia que no tienen otro fin que librarnos de la miseria y así ser felices; lo cual no se consigue sino con aquel bien, del cual está escrito: *Para mí lo bueno es estar junto a Dios.* De aquí ciertamente se sigue que toda la ciudad redimida, o sea, la congregación y sociedad de los santos, se ofrece a Dios como un sacrificio universal por medio del gran Sacerdote, que en forma de esclavo se ofreció a sí mismo por nosotros en su pasión, para que fuéramos miembros de tal Cabeza; según ella, es nuestro Mediador, en ella es sacerdote, en ella es sacrificio.

Por eso nos exhortó el Apóstol a ofrecer nuestros propios cuerpos como sacrificio vivo, consagrado, agradable a Dios, como nuestro culto auténtico, y a no amoldarnos a este mundo, sino a irnos transformando con la nueva mentalidad; y para demostrarnos cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, conveniente y agradable, ya que el sacrificio total somos nosotros mismos, dice: *En virtud del don que he recibido, aviso a cada uno de vosotros, sea quien sea, que no se tenga en más de lo que hay*

que tenerse, sino que se tenga en lo que debe tenerse, según el cupo de fe que Dios haya repartido a cada uno. Porque en el cuerpo, que es uno, tenemos muchos miembros, pero no todos tienen la misma función; lo mismo nosotros, con ser muchos, unidos a Cristo formamos un solo cuerpo, y respecto de los demás, cada uno es miembro, pero con dotes diferentes, según el regalo que Dios nos haya hecho. Éste es el sacrificio de los cristianos: unidos a Cristo formamos un solo cuerpo. Éste es el sacramento tan conocido de los fieles que también celebra asiduamente la Iglesia, y en él se le demuestra que es ofrecida ella misma en lo que ofrece.

Libro XXII.

Cap. 27.

Aquel, pues, que ama a Cristo en el cristiano le da una limosna con la intención de acercarse a Cristo, no con la de alejarse impune de Cristo. Y tanto más uno abandona a Cristo cuanto más uno ama lo que Cristo reprueba. ¿De qué le sirve a uno estar bautizado si no está justificado? ¿No es cierto que quien dijo: *Si uno no vuelve a nacer del agua y del Espíritu Santo, no entrará en el reino de Dios*, ese mismo afirmó también: *Si vuestra justicia no es mayor que la de los letrados y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos?* ¿Por qué muchos, por miedo de lo primero, corren a bautizarse, y no hay muchos que, por miedo a lo segundo, procuren la justificación?

Cuando uno, enojado, llama *imbécil* a su hermano, no lo hace por ser su hermano, sino por su pecado -de otra manera se haría reo del horno de fuego. Y al contrario, quien da una limosna a un cristiano, no es al cristiano como tal a quien se la da si en él no está amando a Cristo. Ahora bien, no ama a Cristo quien rehúsa justificarse en Cristo. Y a uno que se viera sorprendido por la culpa de haber llamado *imbécil* a su hermano, insultándolo indebidamente, sin ánimo de corregir su pecado, no le es suficiente dar limosna para redimir su culpa mientras no añada lo que en el pasaje de la Escritura va a continuación, que es el remedio de la reconciliación (en efecto, continúa así el pasaje: *En consecuencia, si al ir a presentar tu ofrenda al altar te acuerdas allí de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí ante el altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano; después vuelve y presenta tu ofrenda*); pues bien, tampoco es suficiente hacer limosnas, por generosas que sean, en

favor de un pecado cualquiera, permaneciendo en la costumbre de pecar.

Libro XXII.

Cap. 30.

1. ¡Qué intensa será aquella felicidad, donde no habrá mal alguno, donde no faltará ningún bien, donde toda ocupación será alabar a Dios, que será el todo para todos! No sé qué otra cosa se puede hacer allí, donde ni por pereza cesará la actividad ni se trabajará por necesidad. Esto nos recuerda también el salmo donde se lee o se oye: *Dichosos los que viven en tu casa alabándote siempre.*

Todos los miembros y partes internas del cuerpo incorruptible, que ahora vemos desempeñando tantas funciones, como entonces no habrá necesidad alguna, sino una felicidad plena, cierta, segura, sempiterna, se ocuparán entonces en la alabanza de Dios. En efecto, todo aquel ritmo latente de que hablé en la armonía corporal repartido exterior e interiormente por todas las partes del cuerpo no estará ya oculto, y junto con las demás cosas grandes y admirables que allí se verán, encenderán las mentes racionales con el deleite de la hermosura racional en la alabanza de tan excelente artífice. Cuáles han de ser los movimientos de tales cuerpos que allí tendrán lugar no me atrevo a definirlo a la ligera, porque no soy capaz de concebirlo. Sin embargo, tanto el movimiento como la actitud, al igual que su porte exterior, cualquiera que sea, será digno allí donde no puede haber nada que no lo sea. Cierto también que el cuerpo estará inmediatamente donde quiera el espíritu; y que el espíritu no querrá nada que pueda desdecir de sí mismo o del cuerpo.

Habrá verdadera gloria allí donde nadie será alabado por error o adulación de quien alaba. No se dará el honor a ningún indigno donde no se admitirá sino al digno. Habrá paz verdadera allí donde nadie sufrirá contrariedad alguna ni por su parte ni por parte de otro. Será premio de la virtud el mismo que dio la virtud y de la que se prometió como premio Él mismo, que es lo mejor y lo más grande que puede existir.

¿Qué otra cosa dijo por el profeta en aquellas palabras: *Seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo*, sino: «Yo seré su saciedad, yo seré lo que puedan desear honestamente los hombres, la vida, la salud, el alimento,

la abundancia, la gloria, el honor, la paz, todos los bienes»? Así, en efecto, se entiende rectamente lo que dice el Apóstol: *Dios lo será todo para todos*. Será meta en nuestros deseos Él mismo, a quien veremos sin fin, amaremos sin hastío, alabaremos sin cansancio. Este don, este afecto, esta ocupación será común a todos, como lo es la vida eterna.

2. Por lo demás, ¿quién es capaz de pensar, cuanto más de expresar, cuáles serán los grados del honor y la gloria en consonancia con los méritos? Lo que no se puede dudar es que existirán. Y también aquella bienaventurada ciudad verá en sí el inmenso bien de que ningún inferior envidiará a otro que esté más alto, como no envidian a los arcángeles el resto de los ángeles. Y tanto menos querrá cada uno ser lo que no ha recibido cuanto no quiere en el cuerpo el dedo ser ojo, por más estrecha trabazón corporal que une a ambos miembros. Uno tendrá un bien inferior a otro, y se contentará con su bien sin ambicionar otro mayor.

3. Ni dejarán tampoco los bienaventurados de tener libre albedrío, por el hecho de no sentir el atractivo del pecado. Al contrario, será más libre este albedrío cuanto más liberado se vea, desde el placer del pecado hasta alcanzar el deleite indeclinable de no pecar. Pues el primer libre albedrío que se dio al hombre, cuando fue creado en rectitud al principio, pudo no pecar, pero también pudo pecar; este último, en cambio, será tanto más vigoroso cuanto que no podrá caer en pecado. Claro que esto también tiene lugar por un don de Dios, no según las posibilidades de la naturaleza. Una cosa es ser Dios y otra muy distinta ser partícipe de Dios. Dios, por su naturaleza, no puede pecar; el que participa de Dios recibe de Él el no poder pecar. Había que conservar una cierta gradación en los dones de Dios; primero se otorgó el libre albedrío, mediante el cual pudiera el hombre no pecar, y después se le dio el último, con el que no tuviera esta posibilidad: aquél para conseguir el mérito; éste para disfrutar de la recompensa.

Pero como esta naturaleza pecó cuando pudo pecar, necesitó ser liberada con una gracia más amplia, para llegar a aquella libertad en la cual no pueda pecar. Así como la primera inmortalidad, que perdió Adán por el pecado, consistía en poder no morir, la última consistirá en no

poder morir; así el primer libre albedrío consistió en poder no pecar, y el segundo en no poder pecar. En efecto, tan difícil de perder será el deseo de practicar la piedad y la justicia, como lo es el de la felicidad. Pues, ciertamente, al pecar no mantuvimos ni la piedad ni la felicidad, pero no perdimos la aspiración a la felicidad ni siquiera con la pérdida de la misma felicidad. ¿Se puede acaso negar que Dios, por no poder pecar, carece de libre albedrío? Una será, pues, en todos e inseparable en cada uno la voluntad libre de aquella ciudad, liberada de todo mal, rebotante de todos los bienes, disfrutando indeficientemente de la alegría de los gozos eternos, olvidada de sus culpas y olvidada de las penas; sin olvidarse, no obstante, de su liberación de tal suerte que no se muestre agradecida al liberador.

4. Se acordará, ciertamente, de sus males pasados en cuanto se refiere al conocimiento racional, pero se olvidará totalmente de su sensación real. Como le ocurre al médico muy experto, que conoce por su arte casi todas las enfermedades del cuerpo, y, sin embargo, experimentalmente ignora la mayoría, las que no ha padecido en su cuerpo. Hay, pues, dos conocimientos de males: uno, por el poder de la mente que los descubre; y otro, por la experiencia de los sentidos que los soportan (de una manera se conocen todos los vicios por la ciencia del sabio, y de otra, por la vida pésima del necio). Así hay también dos maneras de olvidarse de los males: de una manera los olvida el instruido y el sabio, y de otra, el que los ha experimentado y sufrido: el primero, descuidando su ciencia; el segundo, al verse libre de la miseria. Esta última manera de olvidar que he citado es la que tienen los santos no acordándose de sus males pasados: carecerán de todos, de tal manera que se borran totalmente de sus sentidos. En cambio, en cuanto al poder de su conocimiento, que será grande en ellos, no se le ocultará ni su miseria pasada, ni siquiera la miseria eterna de los condenados. Si así no fuera, si llegaran a ignorar que habían sido miserables, ¿cómo, al decir del salmo, *cantarán eternamente las misericordias del Señor*? Por cierto, aquella ciudad no tendrá otro cántico más agradable que éste para glorificación del don gracioso de Cristo, por cuya sangre hemos sido liberados.

Allí se cumplirá aquel *descansad y ved que yo soy el Señor*. Ése será realmente el sábado supremo que no tiene ocaso, el que recomendó Dios

en las primeras obras del mundo al decir: *Y descansó Dios el día séptimo de toda su tarea. Y bendijo Dios el día séptimo y lo consagró, porque ese día descansó Dios de toda su tarea de crear.*

También nosotros seremos ese día séptimo; seremos nosotros mismos cuando hayamos llegado a la plenitud y hayamos sido restaurados por su bendición y su santificación. Allí con tranquilidad veremos que Él mismo es Dios: lo que nosotros quisimos llegar a ser cuando nos apartamos de Él dando oídos a la boca del seductor: *Seréis como dioses*, y apartándonos del verdadero Dios, que nos haría ser dioses participando de Él, no abandonándolo. Pues ¿qué es lo que conseguimos sin Él, sino caer en su cólera? En cambio, restaurados por Él y llevados a la perfección con una gracia más grande, descansaremos para siempre, viendo que Él es Dios, de quien nos llenaremos cuando Él lo sea todo para todos.

Incluso nuestras mismas buenas obras, cuando son reconocidas más como tuyas que como nuestras, entonces se nos imputan a nosotros para el disfrute de este sábado. Porque si nos las atribuimos a nosotros, serán serviles; y está escrito del sábado: *No haréis en él obra alguna servil*. Por eso se dice por el profeta Ezequiel: *Les di también mis sábados como señal recíproca, para que supieran que yo soy el Señor que los santifico*. Esto lo conoceremos perfectamente cuando consigamos el perfecto reposo y veamos cabalmente que Él mismo es Dios.

5. Por otra parte, si el número de edades, como el de días, se computa según los períodos de tiempo que parecen expresados en las Escrituras, aparece ese reposo sabático con más claridad, puesto que resulta el séptimo. La primera edad, como el día primero, sería desde Adán hasta el diluvio; la segunda, desde el diluvio hasta Abrahán, no de la misma duración, sino contando por el número de generaciones, pues que encontramos diez. Desde aquí ya, según lo cuenta el Evangelio de Mateo, siguen tres edades hasta la venida de Cristo, cada una de las cuales se desarrolla a través de catorce generaciones: la primera de esas edades se extiende desde Abrahán hasta David; la segunda, desde David a la transmigración de Babilonia; la tercera, desde entonces hasta el nacimiento de Cristo según la carne. Dan un total de cinco edades. La sexta se desarrolla al presente, sin poder determinar el número de generaciones, porque, como está escrito: *No os toca a vosotros conocer*

los tiempos que el Padre ha reservado a su autoridad. Después de ésta, el Señor descansará como en el día séptimo, cuando haga descansar en sí mismo, como Dios, al mismo día séptimo, que seremos nosotros.

Sería muy largo tratar de explicar ahora con detalle cada una de estas edades. A esta séptima, sin embargo, podemos considerarla nuestro sábado, cuyo término no será la tarde, sino el día del Señor, como día octavo eterno, que ha sido consagrado por la resurrección de Cristo, significando el eterno descanso no sólo del espíritu, sino también del cuerpo. Allí descansaremos y contemplaremos, contemplaremos y amaremos, amaremos y alabaremos. He aquí lo que habrá al fin, mas sin fin. Pues ¿qué otro puede ser nuestro fin sino llegar al reino que no tiene fin?

6. Creo haber dado cumplimiento con el auxilio del Señor de esta gran obra. Quienes la tengan por incompleta o por excesiva, perdónenme. En cambio, quienes la vean suficiente, congratúlense conmigo y ayúdenme a dar gracias no a mí, sino a Dios. Amén.

Enquiridion. (421/22)

Cap. 32.

32. Asimismo, para que nadie se gloríe, no ya de las obras, pero ni aun siquiera del libre albedrío, como si procediese de él el mérito, al cual, como premio debido, se le restituyera la libertad misma del bien obrar, oiga al mismo pregonero de la gracia, que dice: *Dios es el que obra en vosotros el querer y el obrar según su beneplácito.* Y del mismo modo en otro lugar: *Por consiguiente, no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios, que tiene misericordia.* Es cierto que el hombre, si es de tal edad que ya usa de la razón, no puede creer, ni esperar, ni amar, si no quisiere, ni llegar al premio de la celestial vocación de Dios, si no concurre con su voluntad. ¿Cómo, pues, *no es del que quiere, ni del que corre sino de Dios, que tiene misericordia,* a no ser porque *la voluntad misma, como está escrito, es preparada por Dios?* Por el contrario, si se ha dicho: *No es del que quiere ni del que corre, sino de Dios, que tiene misericordia,* porque esto depende de las dos, a saber, de la voluntad del

hombre y de la misericordia divina, de tal modo que entendamos este dicho: *No es del que quiere ni del que corre, sino de Dios, que tiene misericordia*, como si se dijese que no basta la sola voluntad del hombre, si no la acompaña la misericordia de Dios; luego tampoco sería suficiente la misericordia de Dios si no la acompañara la voluntad del hombre. Y si, porque la voluntad humana sola no es suficiente, se dijo rectamente: *No del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia*, para indicar que no es suficiente la sola voluntad del hombre, ¿por qué, por el contrario, no se dijo rectamente no de Dios, que se compadece, sino del hombre que quiere, puesto que tampoco es obra exclusiva de la misericordia de Dios? Finalmente, si ningún cristiano se atrevería a decir: no de Dios, que se compadece, sino del hombre que quiere, para no contradecir abiertamente al Apóstol, sólo. resta entender rectamente la sentencia: *No es del que quiere ni del que corre, sino de Dios, que tiene misericordia*, de tal modo que se atribuya todo a Dios, que prepara la buena voluntad ayudándola y la ayuda una vez preparada.

La buena voluntad del hombre precede a muchos de los dones de Dios, pero no a todos; y entre aquellos a los que no precede se encuentra ella misma. Ambas cosas se leen en las sagradas Escrituras: *Me prevendrá con su misericordia; y su misericordia me acompaña*. Al que no quiere, previene para que quiera; y al que quiere, acompaña para que no quiera en vano. Pues ¿por qué se nos manda rogar por nuestros enemigos, que en verdad no quieren vivir piadosamente, sino para que Dios obre en ellos el querer mismo? Y del mismo modo, ¿por qué se nos manda pedir para que recibamos, sino para que haga, lo que pedimos, aquel que ha hecho que pidamos? Luego rogamus por nuestros enemigos para que la misericordia de Dios les preceda, como nos precedió a nosotros también; y rogamus por nosotros para que su misericordia nos acompañe.

Retractaciones (426/7)

Libro I.

Cap.23,

4. En otro lugar también digo: “A aquel de quien Dios se compadece, le hace obrar bien; y a quien endurece”, lo abandona para que obre mal. Pero tanto aquella misericordia es atribuida al mérito que precede a la fe como este endurecimiento se atribuye a la impiedad que le precede, lo cual es rigurosamente verdadero. Aún cabría preguntar si el mérito de la fe procede también de la misericordia de Dios, es decir, si esa misericordia se realiza en el hombre por eso, porque es fiel, o le ha sido realizada para que sea fiel. Leemos, efectivamente, que dice el Apóstol: *He conseguido la misericordia para que fuese fiel*; no dice: porque era fiel. Por tanto, la misericordia es dada ciertamente al que es fiel, pero también le es dada para que fuese fiel. He dicho, pues, rectísimamente en otro pasaje del mismo libro: «Que si no somos llamados para creer por las obras, sino por la misericordia de Dios, y si se da a los creyentes para que obremos bien, los gentiles no han de envidiar esa misericordia», aunque haya tratado allí con menos atención de la vocación que se hace según el designio de Dios.

Selección de Textos realizada por Lic. Diana Fernandez, UBA.
Edición y Maquetación: Biblioteca Agustiniana de Buenos Aires